

NOTA PRELIMINAR
SOBRE EL ENTERRAMIENTO COLECTIVO
DE "LA ATALAYUELA"
EN AGONCILLO (LOGROÑO)*

Ignacio Barandiarán

Departamento de Historia Antigua
de la Universidad de Zaragoza

El nivel de prospecciones de campo y de conocimientos concretos sobre el pasado prehistórico y protohistórico de la provincia de Logroño es, por el momento, bastante bajo; especialmente si lo comparamos con el alcanzado en las vecinas provincias de Navarra, Alava o Soria. A los hallazgos reseñados en una útil síntesis, en 1960, por E. J. Vallespí (1), poco puede añadirse en esta última década, a no ser las prospecciones emprendidas por el Departamento de Arqueología de la Universidad de Navarra o el trabajo de catalogación que, en nuestros días, ha iniciado J. G. Moya Valgañón, Director del Museo Provincial de Logroño, con vistas a la redacción del inventario artístico y arqueológico de la Provincia.

Afortunadamente, una prometedora y eficaz política de fomento de las excavaciones arqueológicas ha sido puesta en marcha en los últimos meses, merced a la estrecha colaboración de la Excm. Diputación Provincial, con su Instituto de Estudios Riojanos, y del Museo Provincial de Bellas Artes y Arqueología. Fruto primero de esa renovada actividad es la campaña de excavación de "La Atalayuela", en Agoncillo, entre junio y julio de 1970, por un equipo de la Universidad de Zaragoza; en el mismo orden de cosas, se

(*) Este trabajo se ha programado y desarrollado dentro del plan de investigación suscrito por el Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Zaragoza con el Ministerio de Educación y Ciencia, bajo el título *Poblamiento indígena y procesos de aculturación del Valle del Ebro*. En el estudio de antropología colabora el Dr. José María Basabe, del Laboratorio de Antropología de la Universidad de Barcelona.

(1) E. J. VALLESPÍ: *Sobre las investigaciones prehistóricas en la provincia de Logroño*, en páginas 207 a 211 de "Caesaraugusta", núm. 15-16, Zaragoza, 1960.

están programando campañas de excavación en diversos lugares de la provincia por grupos de arqueología procedentes de otras Universidades españolas.

De todo ello surgirá en un plazo de no muchos años la deseada visión cohesiva del pasado de Logroño: provincia —como sus inmediatas vecinas— asombrosamente rica en manifestaciones de las diferentes culturas pre y proto-históricas, por su privilegiada situación de zona de paso (entre la Meseta castellana y el Valle del Ebro, hacia el Pirineo y las tierras continentales de Europa; entre la Costa Cantábrica y el Mediterráneo, por el Valle del Ebro), y también por la variedad misma de su geografía que tantas posibilidades ha ofrecido a los antiguos modos de vida y actividades del Hombre Antiguo.

Estas líneas constituyen el informe preliminar de la estación sepulcral de La Atalayuela, interesante por la fecha relativamente remota de su utilización, por los materiales arqueológicos que dio, y por la abundancia de restos humanos que contenía. Pretendo ofrecer aquí sólo una nota extensa de información, como justa y pronta correspondencia a la generosa política de fomento de la Arqueología provincial, emprendida por los organismos públicos y culturales logroñeses. He de remitirme, de todos modos, al estudio definitivo que —con la presentación minuciosa de materiales y estructuras, su análisis comparativo y la descripción detenida de los restos óseos humanos— estamos preparando en colaboración con el Dr. D. José María Basabe, del Laboratorio de Antropología de la Universidad de Barcelona (2).

El yacimiento de La Atalayuela y su excavación

El yacimiento de La Atalayuela, en término de Agoncillo (Logroño), ocupa (en cota 425 a 435 m. de altitud s. n. m.) parte del montículo de ese mismo nombre, apenas a una docena de kilómetros al Este-Sudeste de la ciudad de Logroño. El cerro de La Atalayuela constituye el extremo septentrional de las estribaciones de "Peña Colorada", en un espolón que se alza en el ángulo de confluencia de las Carreteras General Logroño-Zaragoza (Km. 12-13) y Vecinal Agoncillo-Murillo de Río Leza. Sobre la Hoja número 204 ("Logroño") del Mapa del Instituto Geográfico y Catastral se sitúa en coordenadas 1° 23' 19" de longitud Oeste, y 42° 26' 20" de latitud Norte, exactamente sobre las casas y bodegas de Agoncillo, adosadas al Sur de aquella Carretera General, y apenas a cinco minutos de camino de ellas. La zona fértil excavada ocupa no la reducida cumbre misma del cerro de La Atalayuela, sino una más amplia explanada —8 ó 10 metros más abajo— a sólo 20 metros en línea recta a su Oeste-Noroeste (Fig. 1).

Fue casual el descubrimiento de la estación arqueológica. Pocos años

(2) Se publicará en la serie que determine la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas.

después de concluída la última guerra civil española las aguas de lluvia pusieron al descubierto huesos humanos; algunos vecinos del lugar practicaron sondeos, por los habituales móviles de curiosidad o afán de lucro, atribuyéndose generalmente a los cadáveres descubiertos entonces su relación con alguna "guerra con franceses". En cualquier caso, existía en Agoncillo la creencia de que en La Atalayuela (lo mismo que en "El Costarrón", cerro no lejano al Este, con restos de un posible castillo medieval, que no hemos podido explorar) se hallaba enterrado un pellejo de buey lleno de monedas de oro. Indicio (lo mismo, posiblemente, que el topónimo "Atalayuela") de una tradición popular que conociera la existencia aquí de ese enterramiento prehistórico (3). En 1963 fue visitado y certificado su carácter arqueológico por el Dr. D. A. Marcos, del Departamento de Arqueología de la Universidad de Navarra; en marzo de 1970, los profesores de esa misma Universidad E. J. Vallespí y R. García Serrano hicieron una prospección más detenida de La Atalayuela, recuperando diversos materiales extraídos por vecinos del pueblo.

Por iniciativa y con el constante apoyo del Director del Museo Provincial de Logroño, Sr. Moya Valgañón, desarrollamos nosotros una campaña de excavación de un mes de duración. Fue autorizada por la Dirección General de Bellas Artes, a través de su Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, con fecha 9 de junio de 1970. Bajo la dirección del firmante de esta nota preliminar intervino un equipo de 10 personas, entre especialistas y alumnos de los últimos cursos de los Departamentos de Arqueología e Historia Antigua de la Universidad de Zaragoza, con la cooperación eventual de dos obreros de Agoncillo. Los trabajos de campo se desarrollaron en 25 jornadas laborales completas, del 10 de junio al 10 de julio, por un equipo medio de 6 a 7 personas, invirtiéndose un total de 1.402 horas en excavación y estudios complementarios de campo. Durante la totalidad de la campaña colaboraron el Lcdo. José Angel Barrio Loza, y las Srtas. María Teresa Andrés Rupérez, María Victoria Lacruz Pérez y María Luisa Castillo Sala; a ellos se añadieron buen número de jornadas las Srtas. María Gloria Moreno Díaz y Alicia Salvador Marañón; una semana larga nos ayudaron los Profesores Jorge J. Eiroa García, Concepción Blasco Bosqued y Pilar Tarongi Lozano, y la Srta. Lucía Jiménez Muniesa.

Los materiales arqueológicos recuperados se han depositado ya en el Museo Provincial de Logroño; los restos antropológicos están provisionalmente, en tanto dure su consolidación y estudio, en el Laboratorio de Antropología de la Universidad de Barcelona. Los necesarios análisis complemen-

(3) Es común a muchos pueblos esa creencia en la existencia de tesoros enterrados en los dólmenes y otras formas sepulcrales de la Edad del Bronce. La ha recogido en el País Vasco, con infinidad de ejemplos, J. M. DE BARANDIARÁN, en *El mundo en la mente popular vasca*, tomo I, páginas 173 y 174, San Sebastián, 1960.

tarios de índole físico-química serán dirigidos por los Dres. Abadía y Alberto, del Instituto de Edafología de "Aula Dei" (Zaragoza), del C.S.I.C.

Los trabajos de campo de La Atalayuela han sido generosamente subvencionados por el Gobierno Civil y por la Diputación Provincial de Logroño. A ambas instituciones y al Museo Provincial hemos de hacer constar aquí nuestro agradecimiento. Así como a los vecinos de Agoncillo que facilitaron nuestros trabajos, especialmente a don Fermín Zorzano, a don Alejandro Sampedro y al Dr. D. Stanislas Markowski.

La excavación de La Atalayuela ha sido regulada por el método denominado de las coordenadas cartesianas (4). Conforme a él, se trazó una línea (orientada a 14° Nordeste, es decir, aproximadamente de Sur a Norte) que genera un plano horizontal tangente al punto de máxima cota del supuesto túmulo sepulcral. Por medio de líneas paralelas y perpendiculares a aquella primera línea de referencia quedó todo el campo a excavar distribuido en sectores cuadrados de 1 metro de lado, siendo posible, además, el control tridimensional (profundidad, latitud y longitud) de todos los materiales hallados y de las estructuras.

Se prospectaron más de 120 metros cuadrados, de los que apenas 20 (los correspondientes más inmediatamente al foso de enterramiento) se excavaron en todo su espesor fértil (no superior a los 90 cm.). Todas sus tierras fueron cribadas.

La labor de prospección y excavación se completó con el control topográfico de estructuras y estratos (en plantas y alzados), con la realización de cartas de distribución de objetos y restos antropológicos (en extensión y profundidad), y con la toma de la adecuada documentación gráfica (fotografías y dibujos).

Como zanjas de sondeo —para localizar la extensión y carácter del "monumento"— se realizó una amplia trinchera de 2 metros de anchura que recorría la zona prominente y posible túmulo en dirección Sur-Norte, y luego un par de trincheras perpendiculares, de un metro de anchura. La estratigrafía descubierta ofrece, de arriba abajo, esta simple secuencia:

— Un nivel superficial, "revuelto", formado por el humus natural del cerro más las tierras mezcladas por los anteriores prospectores; es de desigual espesor.

— Escasas evidencias correspondientes a la acumulación de pedruscos de tamaño mediano, en no más de 15 cm. de espesor; es nivel muy desigualmente conservado (estrato "o").

(4) G. LAPLACE-L. MEROC: *Application des coordonnées cartésiennes à la fouille d'un gisement*, en "Bulletin de la Société Préhistorique Française", París, 1954, págs. 58 a 66, tomo LI.

— Un único nivel arqueológico fértil (estrato "a"), de grosor no uniforme (el máximo es de 60 cm.). En él se incluyen los enterramientos humanos y sus ajuares correspondientes; lo forman tierras bastante sueltas, sin piedras, de color marrón (E54 de Cailleux-Taylor) (5).

— Nivel "b", del subsuelo natural, formado por arcillas sumamente finas y compactas de color marrón rojo oscuro (J36 de Cailleux-Taylor), en un grosor medio de 25 cm.

— Por fin, el nivel "c"; integrado por arcillas muy compactas, que llegan a adquirir calidades de margas duras, hasta cuasipizarrosas, de color gris azulado. En los lugares más profundos aparece este suelo entre los 85 y los 90 cm. bajo el Nivel 0.

Las estructuras

Toda la mitad meridional de la zona prospectada resultó prácticamente estéril desde un punto de vista arqueológico; es —sin embargo—, la que más había excitado la curiosidad de los excavadores que nos precedieron, por el afloramiento de algunos grandes pedruscos, de piedra arenisca, de color gris claro (C81 Cailleux-Taylor). Nuestra excavación ahí alcanzó, a -115 cm. de profundidad, los suelos naturales "b" y "c", sin haber topado sino con un tramo estéril, formado por acarreo de tierras arcillosas; al eliminar éstas se pudo comprobar la falta de conexión entre los bloques que afloraban.

De esos bloques sólo habrá que retener uno muy grande, de forma paralelepípedica (mide 175 x 140 x 50 cm.), situado en los Cuadros 1, 2/G, H; según nos indicaron, se hallaba anteriormente enhiesto, sobre su base estrecha mayor, de forma que su altura total sobresaldría del suelo circundante al menos entre 30 y 40 cm. Precisamente esa cara entonces visible posee aún una serie de trazos rectilíneos grabados, de aspecto antiguo y difícil interpretación, que acaso sean contemporáneos de la próxima estructura de enterramiento.

Ésta, hoy bastante arrasada en superficie, pudo sobrepasar en su cota de máxima altura, en 40 a 50 cm. la de nuestra línea de referencia 0. Quienes revolvieron el suelo en busca de "tesoros" hablan de un empedrado o enchachado de pedruscos o lajas (correspondiente al nivel "o"), que se extendía directamente sobre los cadáveres descubiertos. Residuos de aquellas acumulaciones de piedras se hallaron en distintos puntos del enterramiento. Por fortuna, así como se alteró con intensidad la forma de la superestructura del

(5) Para una determinación objetivada de los colores y sus tonos utilizo el *Code expolaire* preparado por A. CAILLEUX y G. TAYLOR, ed. Boubée et Cie., París, sin año.

“túmulo”, sólo muy pocos de los enterrados, los superficiales, fueron revueltos o extraídos.

La estructura de enterramiento descubierta adopta forma de una fosa o cavidad artificial de contorno ovalado (unos 5 m. de eje mayor, orientado de Sur a Norte, y entre 2'5 y 3 m. de anchura). Tiene una profundidad máxima de entre los 75 y los 85 cm., introduciéndose en el estrato “b” hasta llegar a su zona de contacto con el “c”, pues éste forma propiamente el suelo natural de la fosa, compacto, horizontal y continuo. La hoya así cavada fue guarnecida en casi todo su perímetro por delgadas lajas de piedra (calizas en su mayoría) hincadas verticalmente, la mayor de ellas es arenisca y mide 43 cm. de alto por 54 de anchura y 11 de grosor. A esa fosa ovalada se adjudicó una prolongación de contorno semiovalado por su extremo meridional.

En el interior de la fosa se depositaron los cadáveres, enmarcándoles en alguna ocasión sus cabezas con algunos bloques de piedra. Acompaña tales depósitos un reducido —pero muy característico— ajuar, que se extiende hacia el Sur del foso propiamente tal.

Todo el conjunto fue cubierto por tierras (estrato “a”) y encima habría de extenderse el tosco túmulo o galgal de piedras y tierra, que desbordan ampliamente por todos los costados el reducido perímetro del óvalo de la fosa sepulcral, aprovechando en su prominencia el natural abombamiento de la rasa de La Atalayuela. El eje mayor de ese “túmulo”, oval también, mide cuando menos 12 metros.

Estamos, pues, ante un caso de estructura de enterramiento colectivo, con un escaso ajuar, datable con seguridad en la Edad del Bronce. Estructura que no encaja en los monumentos dolménicos o en las cámaras sepulcrales habituales en estos estadios culturales y en esta área geográfica del Pirineo Occidental y Alto Valle del Ebro (así, por ejemplo, los tres dólmenes de la provincia de Logroño en Peciña, Nalda y Clavijo). Monumentalmente habremos de definir el enterramiento colectivo de La Atalayuela como “túmulo no megalítico” o —con mayor propiedad— como fosa (o cámara) colectiva bajo túmulo (6) (Lám. I).

(6) Como elementos de comparación véanse, entre otros estudios: *Avance al estudio de algunas de las cuevas artificiales de Alava*, por E. DE EGUREN, en páginas 546-547 del tomo XVIII del “Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural”, Madrid, 1918; *Présentation de nouveaux tumuli non mégalithiques*, por J. ARNAL y R. BERTRAND, en páginas 123 a 134 del Vol. IV de “Archivo de Prehistoria Levantina”, Valencia, 1953, o *El túmulo no megalítico de Sendadiano*, por J. M. APELLÁNIZ, tirada aparte del tomo XI-2 de “Boletín de la Institución Sancho el Sabio”, Vitoria, 1962.

Los restos antropológicos

En nuestra excavación, y dentro de la fosa citada, se ha llegado a inventariar un depósito de un mínimo de 55 cadáveres, por el cómputo de los conjuntos individuales claramente diferenciables. Es cifra mínima que habrá de ampliarse con los restos recogidos ahí mismo por los buscadores que nos precedieron: así, por ejemplo, en el Departamento de Arqueología de Navarra se han rescatado fragmentos óseos craneales y maxilares de 4 ó 5 individuos. Lo cual da una apretadísima densidad de ocupación en esta fosa colectiva, que apenas en 13 metros cuadrados de superficie (y en espesor medio de 40 a 45 cm.) hubo de acoger sin duda más de sesenta cadáveres.

La acumulación de los aquí depositados llega a darse hasta en 4 capas o depósitos sucesivos en el mismo lugar; se conservan especialmente bien los restos del tramo intermedio, pues los más superficiales han sido dañados por las remociones de excavadores clandestinos. Los huesos que se depositaron primeramente —es decir, los más inferiores— se hallan bastante deshechos, sin duda por la humedad que, filtrándose de arriba, se acumuló de inmediato sobre el estrato arcilloso impermeable de base, el "c", y ahí atacó a los huesos más próximos.

Los cadáveres —a excepción de sólo dos o tres— yacen recostados sobre su costado derecho; tienen sus piernas y brazos cuidadosamente plegados y la cabeza un poco inclinada sobre el pecho, en lo que ha solido denominarse postura fetal. La orientación dominante en los depósitos es con la cabeza y el eje vertebral hacia el Sur y Suroeste. Parece que haya de rechazarse aquí el rito de enterramiento secundario, o sea, de un nuevo depósito y ordenación de los huesos una vez que el cadáver se había descarnado. En efecto, los restos aparecen perfectamente conexionados, a excepción de los que removieron los prospectores clandestinos, más en superficie. Débese pensar en la flexión de los difuntos poco después de fallecidos, antes de que alcanzasen la definitiva rigidez cadavérica (Lám. II, III y IV).

En torno a algunas cabezas se colocaron piedras —sólo dos o tres— como enmarcándolas o protegiéndolas. La mayoría de los restos pertenecen a individuos adultos.

Don Alejandro Sampedro, vecino de Agoncillo que aquí hizo alguna prospección, dice haber encontrado una punta de flecha de sílex de pedúnculo y aletas incrustada en un cráneo humano (en el occipital o en la parte posterior de la región temporal).

Esa densidad de restos, su buena conservación general y la posibilidad de datarlos adecuadamente caracteriza al yacimiento de La Atalayuela como uno de los monumentos de enterramiento más importantes antropológicamente hablando de esta mitad septentrional del Valle del Ebro. Las precisiones

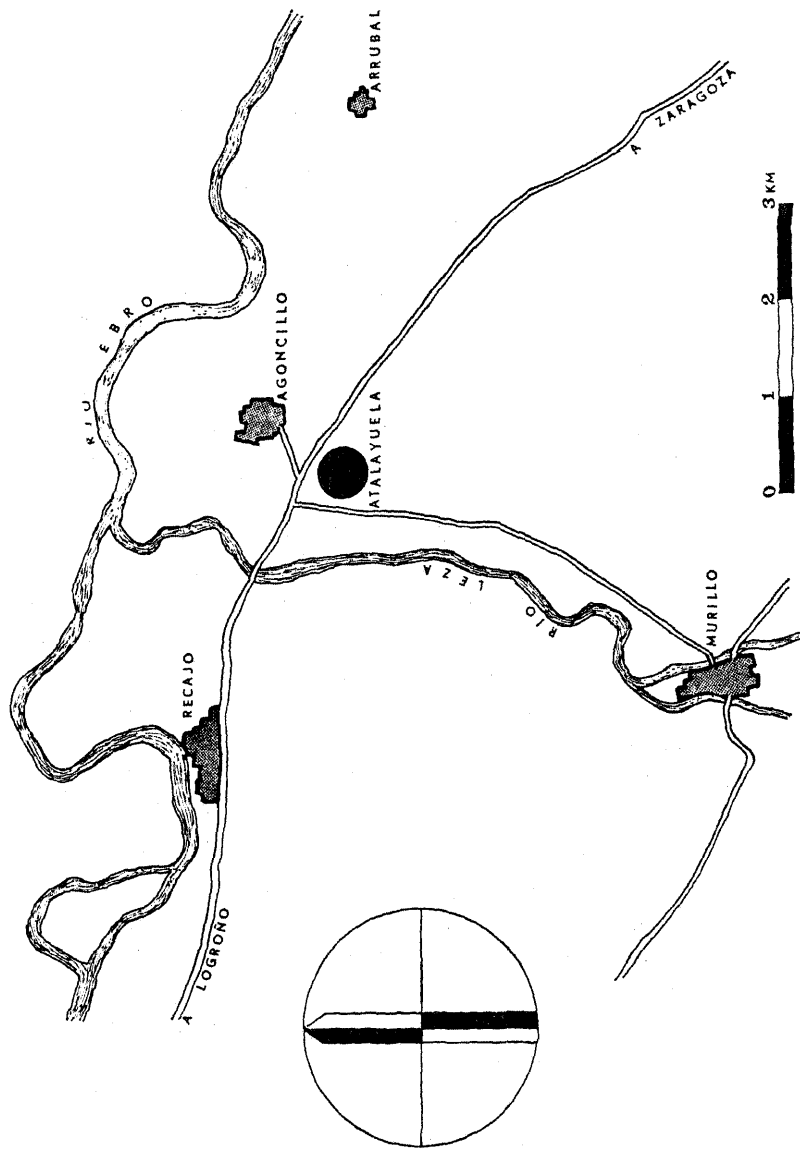


FIGURA NUM. 1

Situación de la necrópolis de la Edad del Bronce de "La Atalayuela", en Agoncillo.

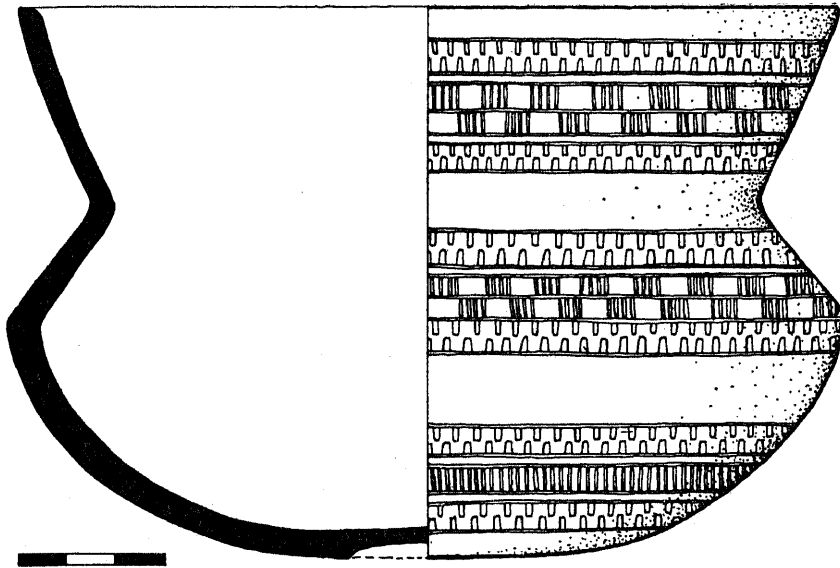


FIGURA NUM. 2

Vaso campaniforme con decoración incisa.

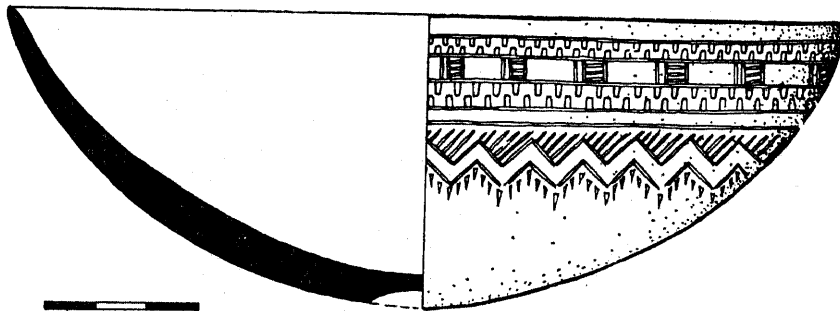


FIGURA NUM. 3

Cuenco campaniforme

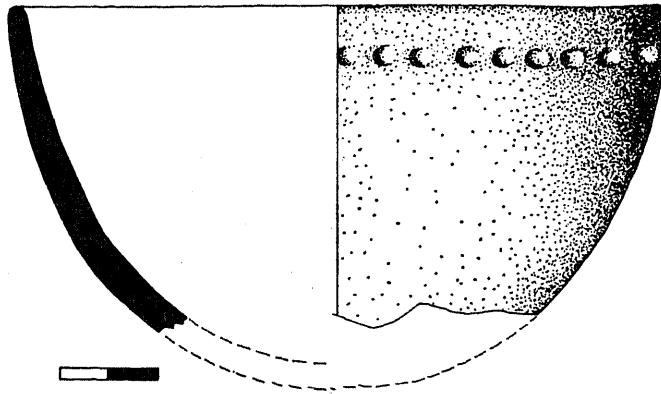


FIGURA NUM. 4

Cuenco de fondo seguramente semiesférico, con hilera de pezoncitos en relieve junto al borde.

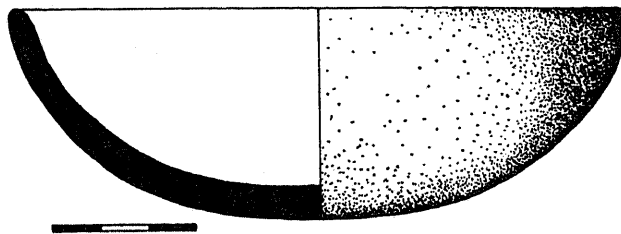


FIGURA NUM. 5

Cuenco liso de cerámica espatulada a mano.

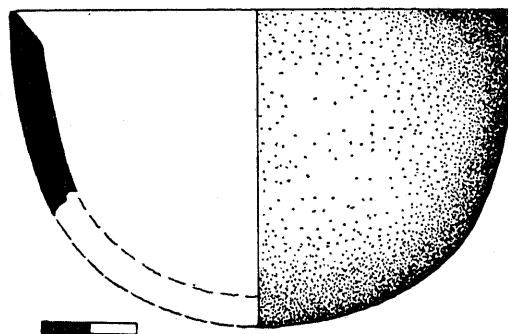


FIGURA NUM. 6

Pequeño cuenco semiesférico liso.

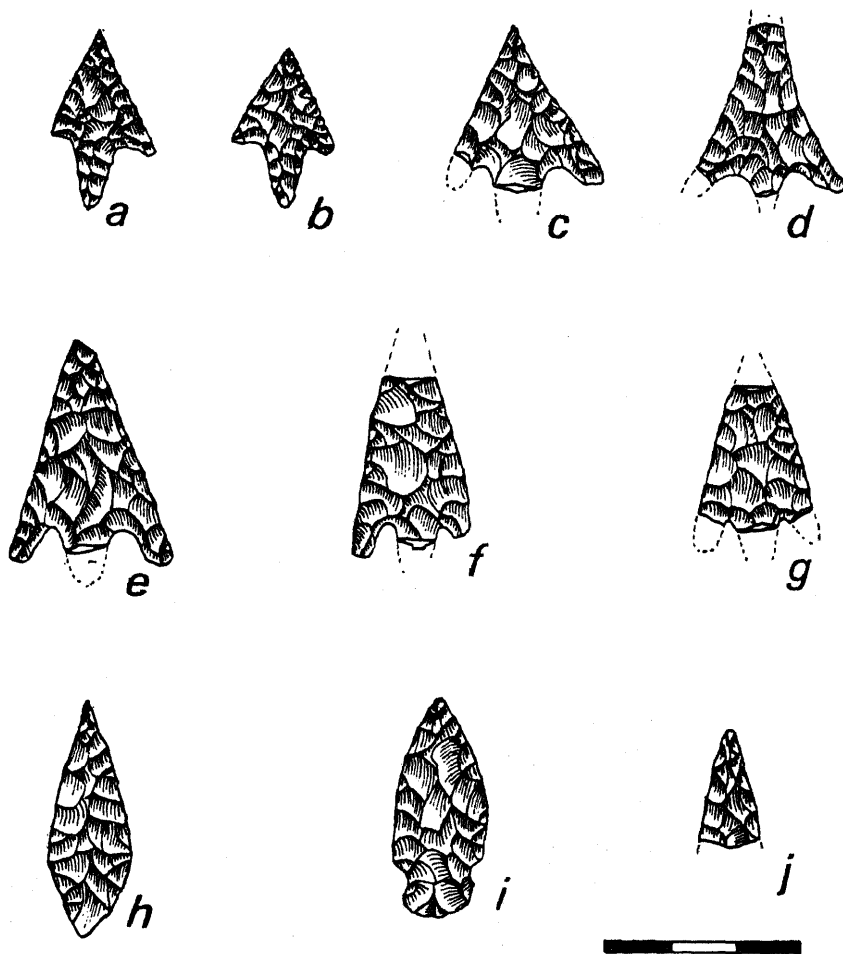


FIGURA NUM. 7

Colección de puntas de flecha de sílex. Tipos *a-g*, con pedúnculo y aletas; *h*, lenticular de base apuntada; *i*, de base pedunculada por muescas a ambos lados; *j*, fragmento distal de forma indeterminable.

boca; luego, una amplia banda que recubre desde el cuello hasta pasada la panza, en 85 milímetros de anchura, alternando en su decoración los zigzags con los dientes de sierra; por fin, hay un motivo que se extiende radialmente desde el fondo, dejando su espacio polar (de 47 mm. de diámetro) libre, en dibujo de series de ángulos agrupados en espiga.

— 3 pequeños fragmentos correspondientes a un vaso campaniforme de perfil en S muy poco pronunciada. Su decoración se debía organizar en bandas enmarcadas por impresión de cuerdas y rellenas de líneas oblicuas en trazos puntillados (o por impresión de ruedecilla). Así, en su motivo alternarían las bandas decoradas con las lisas y, dentro de las decoradas, irían sucediéndose las líneas oblicuas en uno y en otro sentido. El vaso encaja en el llamado "estilo atlántico o continental", como el de la vasija bastante completa del dolmen de Pagobakoitza (en la rasa de Urbia, en Guipúzcoa). El grosor de sus paredes no llega a los 4 mm.

— Tres fragmentos dispersos pertenecientes al borde (alcanza los 174 mm. de diámetro en la boca) de un recipiente de la especie campaniforme, con decoración de retícula de líneas cruzadas junto a la boca e inicio del cuello. Posiblemente se trate de un vaso o de una cazuela alta.

— Otro fragmento más de campaniforme, recogido en zona superficial revuelta, correspondiente a la panza de otro vaso distinto.

— 10 fragmentos de cerámicas toscas con simples incisiones rectas, de imposible reconstitución. Corresponden, al menos, a dos vasijas diferentes.

— Fragmentos de un cuenco de superficie lisa, con pequeños apliques plásticos como pezones anchos junto al borde (pudo tener un máximo de 4 ó 5 de esas protuberancias); mediría 102 mm. de diámetro de boca, por 50 de altura.

— 3 fragmentos correspondientes a la boca de un gran vaso de paredes rectas con una serie de perforaciones justo junto al borde. Se le calculan 290 mm. de diámetro en la boca; ahí mismo, el grosor de sus paredes es de 8'5 milímetros.

— Un cuenco liso semiesférico, pequeño, hallado a la máxima profundidad de la fosa (cota -87). Mide 126 mm. de boca y 43 de altura (Fig. 5).

— 26 fragmentos correspondientes a una vasija lisa de forma tronco-cónica, de paredes poco inclinadas y fondo plano. Fueron hallados en 3M, a -70 cm. Mide 176 mm. de boca y 136 de diámetro en su fondo.

— 3 fragmentos de la boca de un cuenquecito de cerámica lisa, de fondo esférico; puede medir 104 mm. de diámetro de boca y unos 63 de altura. (Fig. 6).

— Abundantes fragmentos recogidos en 7R, entre -67 y -76, de un cuenco semiesférico, de paredes finas (3 a 4 mm. de grosor), con una hilera de pequeños pezones de aplique en línea bajo la ligera prominencia del galbo del labio. Mide 97 mm. de boca y 75 de altura.

— 4 fragmentos de un pequeño cuenco, liso, hallado en 3M-3N, de -50 a -70.

— 6 fragmentos de un cuenco semiesférico (de 3M-3N, de -60 a -70), de 140 mm. de diámetro de boca y 60 de altura. Tiene un labio ligeramente exvasado.

— 2 fragmentos de una vasija lisa.

— Abundantes fragmentos de un gran vaso liso; al parecer, proceden de zona revuelta.

— Un fragmento de cuenco semiesférico con pequeños pezones aplicados bajo el borde, en hilera; procede del Cuadro 3 O, a -57. (Fig. 4).

— Fragmentos varios de un vaso, con hilera de perforaciones en línea bajo su mismo labio. De insegura reconstitución.

— Tampoco se pueden ensamblar entre sí bastantes otros fragmentos lisos, y varios de bordes y fondos.

— Además, a unos 20 metros al Nordeste del monumento excavado, hallamos en superficie 2 minúsculos fragmentos de cerámica romana de la especie "Terra sigillata hispanica".

Utensilios tallados de piedra

— Son 115 las esquirlas y lascas diversas, producto de una tecnología de talla de la piedra. De ellas: 104 son lascas sencillas de sílex (79 procedentes de la zona tumular; de ellas, 70 se hallaron en el estrato "a") y otras 5 lascas de cuarcita; 4 laminillas de sílex; y un par de núcleos de sílex (uno discoide; el otro amorfo) recogidos en superficie, en las proximidades del monumento.

— 10 piezas foliáceas, "puntas de flecha", de retoque plano cubriente, bifacial, con sus bordes en delineación recta (ligeramente denticulada en algún caso). Su sección es biconvexa aplanada o lenticular (7). Según las normas tipométricas propuestas por B. Bagolini son piezas foliáceas en general de dimensiones medias (exceptuadas dos puntas de pedúnculo y aletas, ya pequeñas), predominando las formas brevilineas (esto es, aquellas cuya máxima longitud no llega a ser el doble de su máxima anchura, caso de 7 ejem-

plares de La Atalayuela). Esa decena de puntas de flecha se distribuyen formalmente así (Fig. 7):

7 puntas de flecha de pedúnculo y aletas (en la tipología de Bagolini, cuatro pertenecen al Tipo FIAa, dos al FIAC y la otra al FIAe). A ellas habrá que añadir 3 puntas más de que tenemos noticia se recogieron por prospectores anteriores.

1 es punta foliácea doble, o de base apuntada (Bagolini, Tipo F3Ab).

1 es de extraña constitución, pues su forma general corresponde a las puntas foliáceas de base simple (F2B) pero posee sendas muescas poco profundas en sus dos costados, haciéndola así cuasipedunculada (como el Tipo F1Cb). Es forma poco frecuente (8).

1 fragmento distal de otra punta foliácea, acaso del tipo F3.

— Una hoja de sílex con ambos bordes dentados, de las llamadas hojas de sierra, o piezas de hoz.

— Un raspador doble sobre nucleíto de sílex.

— Una amplia lasca de sílex con retoque bifacial invadiente, casi completo; acaso sea punta foliácea abandonada en su proceso de preparación y desbaste.

— 4 lasquitas más con algún tipo de retoque, poco características.

Objetos de hueso

— Una gran aguja de hueso, con orejeta lateral y, en ella, su "ojo" circular. Está ligeramente curvada, midiendo su cuerda 193 mm. de longitud. Su sección circular es algo aplanada.

— Dos fragmentos de objetos planos apuntados como puntas de flecha.

— Un botón, seguramente de marfil, de forma semiesférica y con perforación en "V". (Fig. 8F).

Colgantes

Son 5 pequeñas cuentas de perforación central: 1 discoide plana, muy pequeña, de caliza; y 4 cilíndricas aplanadas (2 de caliza y las otras 2 de calaíta). (Fig. 8, A-E).

(7) Encajarían en una tipología analítica en el Grupo de las piezas Foliáceas. Vid. G. LAPLACE: *Recherches de Typologie Analytique*. 1968, en el tomo II de "Origni", Roma, 1968. Los elementos de descripción morfológica y de tipometría los tomamos de B. BAGOLINI, en *Ricerche tipologiche sul Gruppo dei Foliati nelle industrie di età olocenica della Valle Padana*, en pág. 282 del Vol. I, núm. 11, Sec. XV de "Annali dell'Università", Ferrara, 1970.

(8) Por ejemplo puede paralelizarse con un tipo no raro en la civilización rodeziense, y en manifestaciones concretas del dolmen de Lamalou (Rouet). Vid. J. ARNAL: *Les dolmens du département de l'Herault*, París, 1963, Figs. 14, 15 y 26, o del de Puig d'Arques, L. ESTEVA: *Sepulcros megalíticos de las Gabarras (Gerona)*, tomo II, Gerona, 1965.

Restos metálicos

— 3 fragmentos informes de cobre.

— 3 punzones biapuntados de cobre, de tamaño mediano; los dos completos miden 92 y 93 mm. de largo, por 3 mm. de anchura máxima. Son de sección rómbica. (Fig. 9).

Todos los restos metálicos reseñados proceden del estrato "a", concentrándose en profundidades de -55 a -68 cm., en un área bastante reducida (en 3'5 N, O, P y Q).

Materiales extraviados o de procedencia incierta

De las excavaciones anteriores hemos recibido noticia de algunos objetos más, cuyo inventario habrá (caso de que puedan ser recuperados) de ponerse en relación con el de nuestra investigación. Son una hoja de sílex, una punta de flecha de pedúnculo y aletas, un lote de fragmentos de campaniforme y otro de restos humanos craneales (todos ellos amablemente comunicados por el Dr. Vallespi, de la Universidad de Navarra); más otras dos puntas de flecha de pedúnculo y aletas y un dudoso objeto de cobre (cuya pista seguiremos), y un lote de restos humanos (que al parecer se remitieron a algún Departamento de la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid).

Conclusiones provisionales

Sólo una vez realizados algunos análisis complementarios (de calidades cerámicas, metalográfico y de tierras) y el minucioso estudio de los testimonios de la cultura material y de los restos antropológicos, podrán fijarse los estados cronológicos más precisos de esos enterramientos, determinar su exacta personalidad cultural y explicarlos en su contexto temporal y geográfico. Para ello habrá de acudir, muy en especial, a los trabajos de campo, y útiles síntesis, de P. Bosch Gimpera, J. M. de Barandiarán, L. Pericot, J. Maluquer de Motes, J. Elósegui y J. M.^a Apellániz. Y a las precisiones de A. del Castillo para la concreta problemática de la especie cerámica campaniforme.

Del conjunto de materiales recuperados en La Atalayuela puede hacerse el siguiente balance recapitulativo:

— en cerámica, un mínimo de 6 vasijas campaniformes (5 vasos y 1 cuenco: 1 de técnica puntillada, 1 en que se asocia el puntillado con la impresión de cuerdas, el resto simplemente incisas), 2 vasijas de forma indeterminable con decoración rectilínea incisa, 3 cuencos de pequeño tamaño con apliques plásticos en hilera de pezones, 2 vasos de tamaño mediano-grande con hilera de perforaciones bajo el mismo borde, y 8 recipientes li-

sos (posiblemente 6 cuencos y 2 vasos troncocónicos de fondo plano). Es decir, un total —como mínimo— de 21 recipientes prehistóricos, decorados o no, fabricados a mano, de pastas en general poco depuradas y de desiguales calidad y cocción, con sus superficies habitualmente espatuladas.

— son 13 las puntas de flechas de sílex: 10 u 11 de pedúnculo y aletas, 1 de forma lenticular o de base apuntada, y 1 con muescas junto a la base, como pedunculada. Más 1 hoja de sierra, dentada.

— 5 cuentas discoides (en calaíta y caliza); y un botón circular con perforación en “V”.

— 3 punzones de cobre, más un dudoso objeto (no visto) del mismo metal.

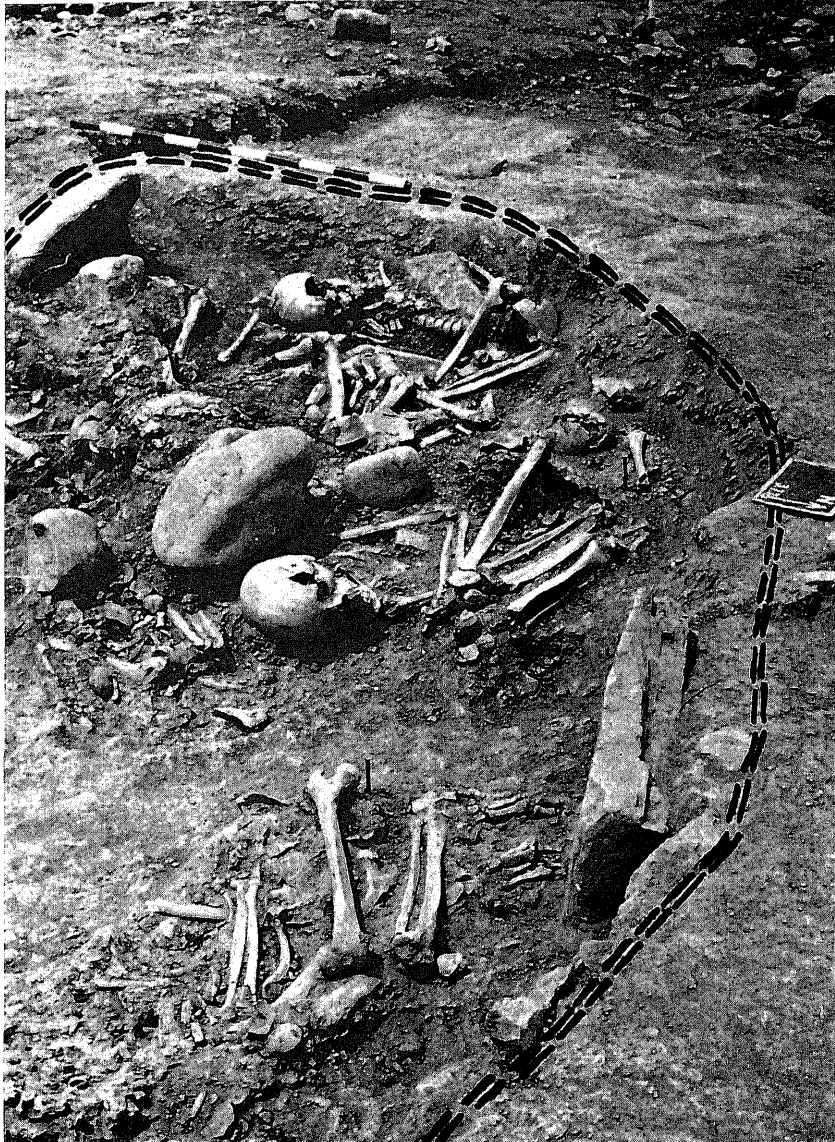
— 1 gran aguja de hueso; y 2 “puntas de flecha” del mismo material (9).

Llama sobre todo la atención la escasez de los ajuares, especialmente de aquellas piezas que, como las cuentas, los botones y los punzones, pudiera pensarse que fueran de exclusivo uso personal y las portara sobre sí cada individuo. Escasez más llamativa cuando se tiene en cuenta las casi 60 personas aquí depositadas. J. Maluquer de Motes —revisando los ajuares recuperados en los dólmenes navarros— se había extrañado también de esa misma escasez (10); sugiere, como explicación posible, que acaso sólo las mujeres usaran de un amplio haz de elementos de adorno personal y que las tumbas megalíticas habrían de reservarse casi exclusivamente para el depósito de cadáveres de los varones (fundamentalmente pastores).

La mayoría de los objetos reseñados (a excepción de algunos fragmentos de cerámicas lisas y buen número de lascas informes de sílex) han aparecido dentro del estrato “a”, y en el recinto de la fosa de enterramiento. En las cartas de distribución horizontal que estamos elaborando parece observarse una concentración en la mitad septentrional del óvalo de fosa de las cerámicas de la especie campaniforme, de las cuentas de collar, de los utensilios de cobre y de las puntas líticas de flecha; en tanto que en la mitad meridional del monumento se acumulan la mayoría de los fragmentos de los vasos y cuencos lisos y de las lascas de sílex. De ahí pudiera deducirse un orden cronológico en los depósitos de cadáveres —es decir, en la utilización por zonas del monumento—, que habrá que precisar más coordinando esas

(9) Esas “puntas de flecha” en hueso no son frecuentes. Suelen darse en los primeros estadios de la Edad del Bronce peninsular; así los dos ejemplares de la Cova Fonda de Salamó, N. ABERG: *La civilisation Néolithique dans la Péninsule Ibérique*, Upsala, 1921, figuras 196-197, o sendos de los dólmenes de Sakulo (Roncal) y la Mina de Farangortea (Artañona), J. MALUQUER DE MOTES: *Notas sobre la cultura megalítica navarra*, Figs. 13 y 20 de núm. 92-93 de “Príncipe de Viana”, Pamplona, 1963.

(10) J. MALUQUER DE MOTES: *Notas sobre la cultura...*, pág. 140.



LAMINA NUM. I

Vista de conjunto del ángulo norte y oeste de la fosa con algunos esqueletos
(se distinguen claramente los núms. 17, 15 y 18) "in situ".



LAMINA NUM. II

Esqueleto núm. 15, en posición replegada, o fetal, común a la totalidad de los depositados en La Atalaya. Tras su cabeza y espalda se observa un par de bloques rodados, colocados como protección.



LAMINA NUM. IV

Esqueleto infantil (de no más de 7 años), núm. 25. Excepcionalmente se halla recostado sobre su lado izquierdo. Nótese —como en las láminas anteriores— la orientación general de los cadáveres con su cabeza hacia el sur.

(hasta en el Eneolítico) o en los estadios antiguos del Medio (en otras nomenclaturas, Bronce I y II).

Se puede pensar que los aparentes desfases cronológicos entre los momentos de aparición o máxima expansión de alguno de esos elementos de la cultura material de La Atalayuela quedan diluídos si aceptamos lógicas (y comprobables en otros lugares) perduraciones de los más antiguos. O bien habrá de suponerse —como en el caso del túmulo no megalítico de Oquina (Alava) y de bastantes de los monumentos dolménicos del País Vasco (14)— una cierta amplitud temporal en el período de utilización del sepulcro colectivo de La Atalayuela.

En cualquiera de los casos nada hemos recogido que, dentro del período señalado, abogue por una data excesivamente remota ni tampoco demasiado reciente. La ausencia de tipos líticos geométricos (triángulos, trapecios) y de hachas pulimentadas parece ir contra una fecha demasiado lejana (15); la presencia del cobre y de la cerámica campaniforme parece abonar su pertenencia al Bronce propio Antiguo, o hasta Medio (16). La falta de otros útiles metálicos más complejos, o de variedades más típicas cerámicas, no nos permite mantener estadios más recientes de la Edad del Bronce.

Aunque el tema no esté suficientemente estudiado, en otras tierras peninsulares parece que en estos enterramientos colectivos de la secuencia de la Edad del Bronce suelen ser anteriores los cadáveres depositados en posición encogida, o fetal, a los que se colocan en postura decúbito-supina (17).

Problema aparte sería el de precisar —en dimensión temporal y geográfica— la procedencia y expansión de este modo de enterramiento colectivo de La Atalayuela, tan poco habitual por estas regiones, frente a los normales depósitos en dólmenes o en cuevas sepulcrales.

Para la cronología absoluta de la estación de Agoncillo —y a falta, todavía, de suficientes datas en yacimientos próximos— señalaríamos unos amplios límites entre el 1800 y el 1400 antes de Cristo (18).

(14) E. DE EGUREN: *Nuevos datos acerca de la Prehistoria en Alava. El túmulo de Oquina*, en "Homenaje a D. Carmelo de Echeagaray", San Sebastián, 1928, pág. 189.

(15) El dolmen de San Martín, de Laguardia, ha ofrecido una secuencia ejemplar de utilización en dos períodos claramente separables: en un estado más antiguo el ajuar está formado por cerámica lisa, abundantes tipos geométricos (triángulos y trapecios), huesos esculpidos extrañamente y hachas de piedra pulimentada; en tanto que en el estadio superior se recogieron fragmentos del vaso campaniforme, poquísimos triángulos (quizá sean, incluso, producto de remoción de aquellos estratos más antiguos), puntas de flecha de pedúnculo y aletas, botones circulares con orificio en "V" y algún fragmento de cobre. Puede ser de esencial importancia para plantear con base segura una secuencia relativa de la cultura material en la cultura dolménica de la zona. Vid. J. M. DE BARANDIARÁN: *Excavación del dolmen de San Martín (Laguardia, Alava)*, tirada aparte del tomo VIII del "Boletín de la Institución Sancho el Sabio", Vitoria, 1964.

(16) Salvadas las circunstancias de alejamiento geográfico y ámbito cultural propio, véase el *Essai de classification d'industries holocènes, en Ariège, d'après des "fossiles directeurs" de Las Morts*, por J. M. DURAND, pág. 362, en "Bulletin de la Société Méridionale de Spéologie et de Préhistoire", Toulouse, 1951.

(17) E. PLA: *La "Coveta del Barranc del Casteller" (Carrícola-Valencia)*, pág. 61, en Vol. V de "Archivo de Prehistoria Levantina", Valencia, 1954.

(18) Las dataciones absolutas por el C14 que estos últimos años viene publicando J. M. APELLÁNIZ sobre enterramientos en cuevas de estas épocas en el País Vasco abogan por fechas bastante remotas. Así, por ejemplo, los estratos del Eneolítico en las cuevas sepulcrales alavesas de Gobaederra y Los Husos I, que han dado, respectivamente, fechas de 1.710 y 1.970 años antes de Cristo. Vid. J. M. APELLÁNIZ: *La datación por el C14 de las cuevas de Gobaederra y Los Husos I, en Alava*, en págs. 139 a 145 de "Estudios de Arqueología Alavesa", tomo 3, Vitoria, 1968.